

¿Mestizo yo? Diferencia, identidad e inconsciente

Jornadas sobre Mestizaje y Cultura en Colombia

Olga Restrepo Forero
Carmen Lucía Díaz L.
Nadín Ospina
Guiomar Dueñas
Pío Eduardo Sanmiguel A.
Luis Santos Velásquez
Tania Roelens
Genoveva Iriarte Esguerra
Mara Viveros Vigoya
Belén del Rocío Moreno C.
Gabriel Restrepo
María Himelda Ramírez
Mario Bernardo Figueroa Muñoz

JORNADAS SOBRE MESTIZAJE Y CULTURA EN COLOMBIA

¿Mestizo yo?

Diferencia, identidad e inconsciente

Mario Bernardo Figueroa Muñoz

Pío Eduardo Sanmiguel A.

(EDITORES)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Facultad de Ciencias Humanas

Grupo de Psicoanálisis

© de los artículos:
Los respectivos autores

© de esta edición:
Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas
Grupo de Psicoanálisis

Primera edición:
noviembre del 2000

ISBN 958-8167-18-x

Todos los derechos reservados.

*Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio
sin permiso de los titulares de los derechos.*

Ilustración de portada:
Nadín Ospina

Portada:
Paula Iriarte

Edición, diseño y armada electrónica:
De Narváez, Sánchez & Jursich

Impresión y encuadernación:
Litocamargo Ltda.

Impreso y hecho en Colombia

Sesión inaugural

PALABRAS DE APERTURA

Mario Bernardo Figueroa Muñoz

Quiero agradecer, en nombre del Grupo de Psicoanálisis de la Universidad Nacional de Colombia, a ustedes y a los ponentes que nos van a acompañar estos dos días por haber aceptado la invitación a estas jornadas en una convocatoria planteada con ese interrogante: “¿Mestizo yo?”.

Ese título, que no fue el resultado de una larga reflexión, sino que surgió con el valor de una ocurrencia espontánea, no deja de revelarnos ahora cierto cálculo: condensa, además de la pregunta (y, ciertamente, la invitación a examinar la pertinencia o no de la misma en relación con Colombia), la afirmación y el rechazo.

Es una pregunta que suscita múltiples lecturas, desde el cuestionamiento de la identidad de ese yo, que no coincidiría con el mestizo, pasando por la afirmación que se insinúa en ella, hasta la posibilidad de rechazo que también sostiene: la expresión “¿Mestizo yo?” puede ser a la vez una forma particular de negativa; bien podría preceder a otra forma que subrayaría esto: “¿Mestizo yo?... ¡No, qué va!”. Pero, incluso así, noten que esa última expresión acaso entrañe una ironía y simultáneamente remarque la distancia entre el “yo” de ese enunciado y el agente que lo enuncia, para indicar que aun en el rechazo explícito en el enunciado hay algo que le concierne al actor de la enunciación. Planteada así, es una forma, en la negativa, de afirmarse como mestizo.

La operación de admitir y rechazar algo al tiempo, que es estudiada de forma cuidadosa por el psicoanálisis, se nos insinúa como relacionada de manera directa con la experiencia del mestizaje y la constitución del mestizo, así asumamos de entrada que éste no tiene otra consistencia que la imaginaria. Hace poco, a propósito de este evento, un colega amigo me preguntaba: “¿Pero en realidad existe el mestizo?”. Le respondí, un poco en broma y un poco en serio, que si alguien aquí nos hacía esa pregunta, ella misma era la primera señal para confirmar que estábamos frente a uno. Es que, para algunos, parece inherente al mestizo la imposibilidad del otro de admitir su existencia, a la vez que la dificultad del mestizo de reconocer al otro. Ahora bien, la supervivencia misma del término resulta innegable; “mestizo”, por lo menos como vocablo, existe, y no en el vacío. Creo que se trata de abordar seriamente la pregunta, pero esta anécdota nos puede servir de introducción a “las complicaciones del mestizaje”, a los problemas metodológicos y prácticos que acarrea plantearlo como hipótesis, la cual, a la ligera, podría prestarse para muchos efectos que hay que revisar, si bien, al mismo tiempo, nos enfrenta con hechos que merecen ser tratados con detenimiento.

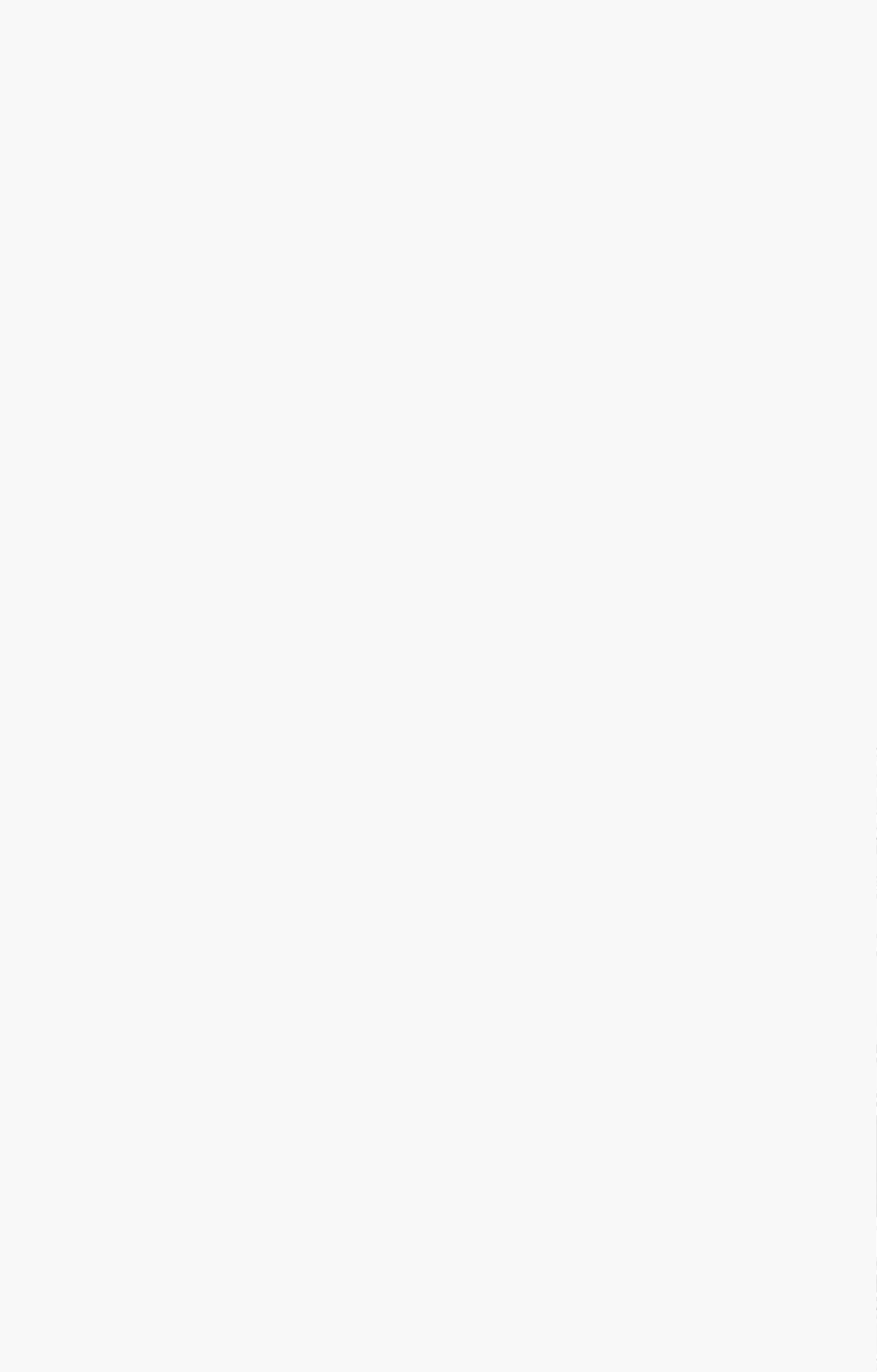
Primero, el carácter de exclusión y de rechazo que implica, esto en más de un sentido: sea como la segregación y la marginalidad que en nuestra historia ha sufrido el mestizo, pese a la cual, y en ella, parece haberse constituido, a expensas de que se le negó un espacio en la institucionalidad de nuestro país; sea en la exclusión que el mestizo mismo ejerce sobre cualquiera que se muestre como diferente, incluso a riesgo de negarse él mismo en la diferencia que lo constituyó.

El otro aspecto es que, aun si el mestizo no fuera más que el fantasma de un grupo social o de algunos investigadores, ese

estatus de imaginario no le niega su eficacia ni sus efectos y, por lo tanto, vale la pena interrogarlo.

Si en los tiempos postmodernos se cuestiona la permanencia de los ideales, de las imágenes de identificación, y aceptamos que para todo sujeto, en un punto originario, toda lengua, su lengua, le resultó extranjera, le fue impuesta de modo arbitrario, de todas formas ello no obsta para que nos preguntemos por las formas particulares en que ese sujeto o esa sociedad la asumió, y sobre todo, por las singularidades mediante las cuales ha tomado la palabra (aquella que le vino del Otro), la ha enunciado y ha buscado los espacios para existir en ella. Si la lengua entonces es toda mestiza, si el yo y lo social, en tanto *collage* de identificaciones, son siempre mestizos, no se puede negar que este término no tuvo ni tiene un valor universal, que marcó y recayó sobre sociedades particulares y en momentos precisos, y que rechazarlo rápidamente por la carga con que el Otro lo introdujo puede ser ahora una nueva expresión del rechazo que desde el origen parece arrastrar. Tal vez resulte más prudente no dedicarnos a excluir ese enunciado, sino a buscar la enunciación de aquellos sobre los que recae y a partir de la cual, seguramente, se ha renovado.

Éstas son preguntas fundamentales para el Grupo de Psicoanálisis de la Universidad Nacional, y apostamos a que en procura de resolverlas, en un diálogo con otras disciplinas, podemos aproximarnos a la explicación de algunos de los problemas de nuestra realidad colombiana.



AUTO INCRIMINATORIO

Olga Restrepo Forero

Hace muchos años, Jaime Jaramillo Uribe nos enseñó todos los esfuerzos que se hacían a finales del siglo XVIII por demostrar la “pureza de sangre”, con el fin de acceder al privilegio de la educación superior, en las universidades conventuales. Unos cuantos –y el género es literal– se afanaban por probar que en sus ancestros no había rastros de “sangre de la tierra”, esto es, que su parentela no se había mezclado con indígenas, ya que de los negros poco se hablaba en el altiplano. Esta necesidad práctica de demostrar “pureza” racial al parecer desapareció en los primeros años de la nueva República. Sin embargo, si uno lee las muchas biografías que durante el siglo pasado se escribieron sobre los hombres notables –de nuevo, literalmente el género–, el primer atributo que se les señala es la genealogía si se logra descubrir un ancestro masculino en la península. Con respecto a los posibles cruces de las madres, de las abuelas o de las bisabuelas, no se dice nada; a lo sumo se aplica la regla del etcétera. Recipientes de la genealogía de sus maridos, aportan ellas mismas uno o dos nombres de la estirpe de sus padres.

El requisito de entrada en las universidades llevó a que pureza de sangre y formación universitaria se hicieran sinónimos. No en balde el título de doctor se convirtió en el sustituto funcional de los viejos pergaminos y gradualmente sustituyó al *don*, antes dado a “todos los blancos que se presentan con decencia”. De allí las interminables polémicas sobre la proliferación de los

doctores y los males que le causaban a la República. Como decía alguno a mediados del siglo pasado, “la abundancia de un género disminuye la demanda”. Y claro, en los ambientes estudiantiles no faltaban las despiadadas burlas sociales a los patanes que jamás alcanzarían el estilo de vida más prometedor de los cachifos y cachacos, siempre y cuando éstos olvidaran sus orígenes provincianos y quisieran asimilarse a los cachacos de moda, los superfinos o los pepitos. Así, los estudiantes universitarios de provincia, antes que identificarse como mestizos, hacían todos los esfuerzos por borrar simbólicamente los trazos de sangre de la tierra. Aunque republicanos y reñidos con la “madrastra” España durante los primeros sesenta años de Colombia, no escatimaron esfuerzos por hispanizarse. Obsesionados con el dominio de la lengua, convertida en una fijación desde cuando a algún despistado viajero le dio por decir que la pobre Bogotá era la Atenas de Suramérica, no dejaron de burlarse cruelmente del habla popular convertida también en marca de un origen impuro. Como decía Rufino José Cuervo, “es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida”, de lo cual concluía también el célebre don Rufino que “la elección entre lo vulgar y lo culto en el habla común depende de cierta delicadeza consiguiente a *la educación y crianza doméstica, más bien que de estudios y preceptos*”.

La educación universitaria en la República permitía igualmente confirmar que el graduado también se adaptaba al que había servido como segundo criterio de acceso a las universidades coloniales: no desempeñar ni haber desempeñado “oficios indignos”, es decir, manuales. Así, después de seguir una carrera universitaria, los graduados se esforzaban por lucir sus aficiones literarias de salón, por fundar periódicos, formar tertulias y participar en sociedades científicas, en las que había más posi-

ciones honoríficas que socios. Y claro, las visiones científicas de estos criollos de la Colonia o la República tampoco llegaron a alcanzar una dimensión mestiza. Mucho menos cuando trataron con autoridad científica los temas de las razas y los influjos del clima sobre la moral, como en el célebre discurso de Francisco José de Caldas hecho con el fin de demostrar la feliz coincidencia entre el desarrollo de las artes, las letras y las ciencias en aquellos lugares en que predominaba la raza blanca, o el de un anónimo autor que contenía estas pobres estadísticas sociales, en el primer libro escrito para atraer inmigrantes extranjeros y presentar a Colombia al resto del mundo (léase Europa): “El nombre de Zambos tan solo significa en el pays aragan, borracho, embustero, ladron y casi asesino. De diez crímenes que se cometen, los ocho pertenecen a esta clase de Zambos”.

Con autoridad científica se presentaron datos similares remozados una y otra vez, como cuando médicos, abogados y algunos que se llamaban a sí mismos sociólogos se afanaron, en la segunda década de este siglo, por medir las causas y la extensión de la “decadencia o degeneración de la raza”. O cuando, pasados los terribles acontecimientos del 9 de abril de 1948, el siguiente número de la *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* publicó la explicación científica de los desmanes del populacho, la cual, por supuesto, sólo podía hallarse en la inestabilidad psíquica que era una consecuencia necesaria de la mezcla de razas: ciertamente de la combinación entre el carácter orgulloso del español, el taimado del indígena y el resentido y perezoso del negro, no podía resultar nada bueno. Y en los años cincuenta la misma explicación científica se esgrimía para la propensión de los colombianos a la violencia, esa otra violencia que se derramó y se derrama hoy con tanta sangre.

Estas notas se hacen largas y tal parece que me he autoinvitado a presentar aquí una ponencia, cuando más bien debería limitarme a mi papel protocolar de felicitarlos por la felicísima idea de organizar este encuentro y por ocuparse con tanta fuerza, como se ve por los títulos de las ponencias que aquí se escucharán, de un tema que es tan importante y necesario hoy entre nosotros. Pero tengo una excusa para mi falta de moderación y mi intromisión en sus temas. Podría decir que escribí estas notas para plantearme a mí misma su interrogante, comisionada como estoy por mis hermanas y mis hermanos para desentrañar los hilos de nuestra genealogía desde los años de don Alonso López de Restrepo. Así que gracias por darme la oportunidad de contestar públicamente a su pregunta, si bien acaso sólo a mí me importe la respuesta: “Sí, mestiza”.